

I

Sol a pleno, tribunas colmadas. Una de esas tardes calurosas de diciembre en Buenos Aires. Ni una nube. Predominaban el blanco y el beige en las tribunas. Y los sombreros. Mucho panamá y gorros de pescador. Esa armonía se interrumpía por los gritos de aliento que retumbaban casi tanto como los cascos enloquecidos de los caballos.

Lucas no veía nada más que la bocha, el enredo de patas de los caballos, los tacos entreverados y, por supuesto, el arco rival, listo para caer otra vez gracias a él: Lucas Kalmus, el capitán de polo más joven del mundo y de la historia del deporte. Puro talento concentrado en su metro setenta y cinco –y subiendo–, el cuerpo fibroso, el pelo al viento, sonrisa perfecta y 17 años recién estrenados que hacían más increíble el magnetismo que irradiaba. Esa confianza, esa seguridad en sí mismo. Un purasangre. Como Trueno, su caballo, el bayo árabe que ya era leyenda.

Confiado, superó sin mucho esfuerzo a sus rivales y anotó el último gol de la tarde con el arco libre. Victoria asegurada segundos antes de que la campana marcara el final del partido. Listo. El Abierto de Polo en el bolsillo. Y con eso, la Triple Corona. Por primera vez y en el primer intento. Y en su cumpleaños.

El capitán del Club de Polo Aurora rodeó la cancha en un trote corto, elegante, para prolongar el griterío de las tribunas y el festejo alocado de sus compañeros. El color castaño de su pelo parecía brillar en contraste con la camiseta rosa del equipo.

Lucas, número tres en la espalda, trotó confiado al centro del campo. Ahora sí, as en la manga, se detuvo a mirar a su alrededor. Allí estaba Florentino, su abuelo, bien visible, por supuesto. Seguramente estuvo todo el partido dando indicaciones que él nunca escuchó. Debió haber gritado como un loco, insultando al árbitro, al equipo contrario y hasta a los propios. Así era él. Presente, demasiado presente, obsesionado con el tiempo (el de Lucas), defensor de esa ideología del ganador, en que solo importa el primer lugar, la copa, el podio, ser el mejor y al enemigo, ni justicia, como decía siempre.

Junto a Florentino, Julia, su mamá. Eso era más raro. Casi nunca iba a verlo jugar, pero, claro, una final del torneo de polo más importante del mundo no se comparaba con nada.

Lucas sacudió la cabeza como para espantar esos pensamientos. Aflojó el casco y dejó que descansara en su

espalda. Siguió rodeando la cancha, trote corto y lento, tacho en alto y la sonrisa enorme, sobradora, que confirmaba todo lo que él ya sabía: que iban a ganar, que él iba a ser otra vez el MVP, que ya podía contar la Triple Corona entre sus logros –primer intento: palo y a la bolsa– y que él seguía batiendo récords.

–... que de la mano de Lucas Kalmus...

–Dale campeón, dale campeón...

–Oooo Lucas Kalmus es un sentimiento...

–Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz...

Le cantaban a él. Solo a él. Impresionante.

Sus compañeros de equipo se le acercaron, también al trote. El más joven de los tres le llevaba siete años. Era mucha la diferencia, pero todo desaparecía cuando estaban montados y jugando. No se veían mucho fuera de la cancha, ahí sí aparecían los mundos distintos. Cada cual con su vida. Pero la relación era buena, se entendían. Los cuatro llegaron al palenque felices, cantando, riéndose. Desensillaron y empezaron los abrazos entre todos los integrantes del equipo: jugadores, petiseros, amigos, familia. Pero tenía que ser un festejo corto, porque era el momento del podio.

Florentino no paraba de hablar. Parecía el dueño del Aurora. Todos lo saludaban y lo felicitaban también a él.

–Bueno, basta de tanto abrazo –dijo Florentino–. ¡Al podio, señores, que los están esperando!

–Relax, Florentino, que no van a empezar sin nosotros –lo tranquilizó Gonzalo que era el más cercano a Lucas entre los compañeros del equipo.

Lo querían. Florentino se comprometía al 100% y se sentía uno más del Aurora. Todos respetaban eso. Pertenecía, a su manera. No tenía un pasado de estancias, ni apellidos patricios, ni dinero viejo. Era un inmigrante italiano trabajador, perseverante; en cierto modo, un nuevo rico que construyó su fortuna a fuerza de trabajo, rigor y mucha fe. Era el padre de Julia y la única figura masculina en la familia de Lucas, porque su padre se había borrado hacía diez años. Sencillamente, su papá ya no era parte del clan. Lucas solo conservaba su apellido y ningún recuerdo.

A Florentino le debía casi todos los aprendizajes, el hambre de éxito y el amor por los caballos. También la disciplina. Su abuelo era el campeón de la última palabra, el rey del “esto es así porque yo lo digo”. Y era un hombre de acción, cualidad que Lucas respetaba. Si algo se rompía, lo arreglaba. Cuando faltaba una cosa, la conseguía. Era así. Y así se había ganado el respeto de su patrón, don Bermejo, un estanciero para el que trabajó como peón y que le enseñó todo sobre hacienda, tambos y caballos, especialmente caballos, desde la crianza hasta la venta. Y así también, con todo ese conocimiento, se convirtió en un referente en la cría y comercialización de purasangres.

Vio potencial en su nieto. No es nada raro que una persona tan atenta a los ciclos de la vida, tan pendiente del ejemplar distinto, detecte la madera de un campeón, el talento del potrillo, el retoño maravilloso. Y Lucas, desde muy temprano, le había provocado una emoción que creía olvidada: asombro. El chico había superado con creces todos

sus pronósticos. Era un número uno natural. Indiscutible. Y para intensificar ese fuego, Florentino se había ocupado de alimentar sus fortalezas y mantener a raya las debilidades.

Cuando era muy chico, le enseñó a jugar al ajedrez: inteligencia, concentración, calcular la movida del adversario, anticipar. Lucas era un número uno también en ese juego. En poco tiempo, le ganaba a Florentino. Y a todo el que se pusiera enfrente.

No quería que su nieto tuviera mentalidad de débil. Había una vida mejor ahí afuera, solo había que dar el salto. Y eso hizo Lucas, de la mano de Florentino, cuando se subió por primera vez a un caballo y se inició en el polo.

Ese fue su pasaporte a una clase de vida y de relaciones que ni siquiera la plata puede comprar. El polo sí. Y ese salto los benefició a todos. No eran muchos, la verdad. La mamá de Julia murió a los pocos días del nacimiento de Lucas. Y él siempre se preguntaba cómo habría sido tener una abuela. La imaginaba cariñosa, cómplice, menos dispersa que su madre, que siempre parecía preocupada por algo que estaba más allá de la comprensión del resto, algo abstracto, irreal.

Florentino no era irreal ni abstracto. Concreto, sólido, contundente. E irritable. Y precisamente, como no querían irritarlo, los cuatro campeones empezaron a caminar lentamente hacia el lugar donde les iban a entregar la copa.

Cuatro jinetes ya sin caballos, pero todavía elevados por el aura incomparable del triunfo. Con cada paso que daban, aumentaba el griterío de la hinchada.

Llegaron al podio sin apuro. Los subcampeones –Club de Polo La Baguala– los esperaban pacientes. Saludaron con toda compostura, tratando de ocultar la decepción por el segundo puesto.

Y entonces sí, la copa en alto, el champagne que empapó a todo el mundo, las carcajadas, los saltos, los cantitos victoriosos. Una fiesta que recién empezaba.

Lucas bajó del podio a contestar brevemente –y a desgano– las preguntas de los periodistas. Trató de sacárselos de encima lo antes posible. Le dolía un poco la cabeza. ¿Deshidratación, quizás? Mucho calor, demasiadas emociones. Quería descansar un rato antes del descontrol que habían planeado para la noche.

–¡Acá, Lucas! Para ESPN. Sin duda, hasta ahora este es el triunfo más impactante de tu carrera. Felicidades por la copa y muy feliz cumpleaños. ¿Te imaginabas algo así?

–La verdad que sí. Me lo imaginaba. Tenía toda la fe del mundo y estaba seguro de que lo íbamos a lograr.

–Para Fox Sports. La rompiste. ¿Cómo te sentís después de una performance casi sobrenatural?

Lucas buscó la mirada del periodista y después la cámara. Una sonrisa sobrada iluminó su cara y no lo dudó:

–No fue sobrenatural, fue otro día en la oficina.

Y se alejó riendo para sus adentros, consciente del impacto de su actitud. Amor y odio por partes iguales, admiración y rechazo. La marca del ídolo.

Era así, para qué negarlo. Empezó su carrera de polista profesional con 10 de hándicap a los 15. Un año después

era el capitán del equipo. Nunca visto. Ser el mejor jugador de polo de la Argentina era lo mismo que ser el mejor del mundo. El chico récord, al que no le quedaba grande ningún desafío. Para qué fingir una humildad que no sentía.

El mundo lo sabía, él lo sabía. No tenía sentido simular gestos de modestia ni decir “la suerte estuvo de nuestro lado”, “el triunfo es del equipo”, “el grupo está por encima de cualquier logro individual”, “es un orgullo enfrentar a rivales así”. Estupideces. Frases hechas. Aurora era el mejor equipo del mundo porque lo tenían a él. Así de claro.

Una puntada dolorosa. Se llevó la mano a la frente para atenuar ese pinchazo traicionero. Tenía la boca seca, le dolía la garganta. *No me voy a engripar justo ahora*, pensó.

Se fue alejando lentamente mientras disfrutaba con los murmullos de admiración a su paso. Sus mejores amigos ya estaban en las caballerizas, ayudando a desensillar y despidiéndose entre abrazos de todo el equipo. Era el momento de hacer planes para el doble festejo de la noche. Fiestón en puerta, y en su casa. Somos locales otra vez. Nunca visitante.

Gracias a la fortuna que había logrado Florentino, vivían en uno de los *countries* más codiciados de la Argentina, en Pilar. Tenía cancha de polo, lo que le había permitido a Lucas entrenar desde muy chiquito. Estaba lleno de famosos –deportistas, políticos, artistas– y también de no famosos con mucho dinero, mucho campo, muchos apellidos.

La casa era espectacular. Se habían mudado hacía no tanto, dentro del mismo country. Del típico chalet sin

pretensiones, pero muy “decorado”, habían pasado a una casa moderna, minimalista, diseñada de punta a punta por un arquitecto famoso. Jardín a cargo de paisajistas, piscina enorme, cuartos en suite con vestidor. Florentino se había encargado de todo y Julia lo sufría: no le gustaba depender de su padre. Era contadora y trabajaba como loca, a toda hora, todos los días. Y por eso no tenía tiempo de seguir tan de cerca la carrera de su hijo. Pero cómo hacerle entender a un adolescente que se sentía el centro del mundo –y el mundo no colaboraba para que viera las cosas de otro modo– que ese sacrificio tenía un sentido. A fuerza de repetir frases como “cuando seas más grande vas a entender por qué es tan importante no deberle nada a nadie”, se había convertido en la aguafiestas de la familia. Esas noches trabajando hasta tarde, examinando números con rigor casi forense, solo provocaban fastidio y reacciones despectivas. Es que una sola publicidad que filmaba Lucas generaba más ingresos que tres meses de trabajo de Julia. Así que la frase “otro día en la oficina” tenía un significado completamente distinto para ella que cuando la decía su hijo. Matices.

Lo admiró de lejos, consciente de que cada día se le escapaba un poco más. Era más del abuelo que de ella. En un momento cruzaron miradas y Lucas la saludó, sonrisa gigante, pero enseguida Florentino entró en el campo visual y la complicidad madre-hijo se esfumó. Ella se estaba convirtiendo en una especie de amiga de la familia y perdía terreno mientras su padre ocupaba toda la escena.

Lucas pasó un brazo sobre los hombros de Florentino

y caminaron juntos un trecho. Cada vez hacía más calor. El casco le pesaba sobre la espalda. La ropa le raspaba. Pero, contagiado del temple de su abuelo, decidió que un campeón de la Triple Corona no tenía espacio para las debilidades.

Diciembre. Qué buen mes. Después de Navidad y Año Nuevo, Punta del Este. Va a ser el mejor verano de mi vida, pensó. Hasta ahora. Todos los que vengan van a ser uno mejor que el otro. El mundo es mío.

¿Y el futuro también, Lucas?

Florentino fue a reunirse con Julia y Lucas caminó confiado hacia sus amigos, el gesto algo tenso por el dolor de cabeza persistente y un malestar que se acentuaba cada vez más.

–¡Ahí viene el *winner*! –gritó Martín, que también jugaba al polo en el Aurora y tenía grandes posibilidades de que lo subieran al primer equipo.

–*Yes!* –contestó–. A punto de juntarse con los *losers*.

–Sos infumable –le dijo Martín y simuló darle una trompada.

Siguieron así un rato, entre bromas, risas y planes para la noche.

* * *

La fiesta fue inolvidable. Un asado monumental, mesas en

el jardín, descontrol total de música, alcohol, muchos invitados, y una euforia generalizada que no parecía atenuarse con el paso de las horas.

Julia estaba preocupada por los vecinos. No quería quejas ni miradas de desaprobación. Tenía la esperanza de mejorar su vida social, disfrutar de una buena reputación. Su padre y Lucas se burlaban de sus temores: era la madre del número 1 del polo. Mejor carta de presentación que esa, imposible. Y Lucas Kalmus tenía licencia para hacer lo que le diera la gana. Como decía siempre Florentino, “Es preferible pedir perdón antes que pedir permiso”.

Algo en esa actitud preocupaba a Julia, pero le costaba defender sus opiniones. Por eso no pudo hacer nada para oponerse a la decisión de Florentino de regalarle una camioneta de lujo a Lucas por su cumpleaños. Solo protestó con un débil “Me parece un disparate, es chico para tener una camioneta así”. Florentino ni siquiera se molestó en discutir. Se limitaba a observar la fiesta. No había reparado en gastos. Varias mesas cercanas esperaban a los invitados que en esos momentos previos a la comida preferían circular, copas de champagne en mano, entre la gente, riendo, charlando.

Era una noche cálida, estrellada, todo invitaba a disfrutar. La música era agradable, estimulante. Florentino buscó a su nieto entre la gente. Lo descubrió enseguida, rodeado de chicos entre los que estaban sus tres amigos inseparables: Martín Iraola, Kevin Aranguren y Felicitas Beltrán. Compartían colegio, el Union High School, las vacaciones, las salidas.

Martín y Lucas eran compañeros de colegio y hacían todo juntos. Los Iraola tenían campo y su fortuna provenía de allí, como también la pasión por los caballos. Martín montaba con la naturalidad que dan las costumbres familiares: todos los Iraola aprendían a andar a caballo antes que a caminar, y el polo era el paso siguiente, eso no estaba en discusión. La aparición de Lucas Kalmus en escena, con su talento sobrenatural, solo había retrasado un poco las cosas, pero los Iraola sabían esperar; ya llegaría el día en que lo subieran al primer equipo.

La relación con Kevin era diferente. Muy cercanos, eso sí, pero a Kevin solo le interesaba el polo como evento social. El menor de la familia Aranguren –eran cuatro varones– era el mayor del grupo de amigos. Tenía un año más, ya había terminado el colegio y se dedicaba *full time* a las relaciones públicas, donde siempre había demostrado una destreza especial. Se movía en varios círculos: el del polo, el del arte, el de las finanzas, el de los apellidos. Era sofisticado, modales impecables, sabía siempre qué decir. Y era hábil para no mezclar esos mundos que, por otra parte, tenían un denominador común: el dinero, la buena vida. Kevin conocía a mucha gente y con cada persona de cierta influencia que se cruzaba en su vida mantenía el mismo tipo de relación: amable, pero superficial. Era el invitado ideal para una comida elegante, una fiesta, un evento. Y siempre decía que sí. Su cercanía con Lucas le dio todavía más lustre social y, por supuesto, Kevin sacaba rédito. Cuando conseguía llevar a Lucas a alguna fiesta, su reputación se iba por las nubes.

En cuanto a Felicitas, se conocían desde chicos. Eran vecinos del country, con todo lo que eso significaba: los dos aprendieron a nadar al mismo tiempo en la pileta del club, compartían picnics, campamentos, vacaciones. Y a medida que crecieron, la amistad se fue convirtiendo lentamente en una especie de noviazgo que los mayores veían con buenos ojos y también con cierta resignación anticipada: “Son demasiado jóvenes, no van a durar”, “Qué pena que son tan chicos, porque van a querer conocer a otras personas más adelante”. La madre de Felicitas era la que más lo lamentaba. Lucas era el yerno ideal: espléndido, exitoso, con un futuro prometedor. Junto a él, Felicitas podría tener la vida que merecía. Siempre le decía a su hija: “*Marry your neighbor*”,¹ frase que, en este caso, además del sentido metafórico, reforzaba el significado literal. Lucas no solo compartía con Felicitas el círculo social, el buen colegio, un estilo de vida, sino que era precisamente su vecino. ¡Qué fácil, qué agradable sería todo si las familias se unían a través de un matrimonio! Y Felicitas estaba embobada con él. No le sacaba los ojos de encima, les marcaba el territorio a las otras chicas, colgándose de su brazo, sacándose *selfies* con él, abrazándolo, diciéndole “amor”.

Las cosas eran menos claras para Lucas. Le costaba definir sus sentimientos. ¿La quería? Bueno, por supuesto que la quería, pero quizás más como amiga que como novia. ¿Por qué estaba con ella? ¿Lo halagaba que la chica más popular de su núcleo social lo hubiera elegido a él? Porque

1 Casate con tu vecino.

para Felicitas las cosas sí estaban claras: él era su novio. Era bastante dominante y estaba acostumbrada a hacer su voluntad. La pregunta que Lucas no quería hacerse era si estaba con ella por lo difícil que era no ceder a sus caprichos. Pero se conocían de tan chicos... Eso también pesaba: la infancia compartida, los juegos, el colegio. Felicitas estaba en su vida desde siempre.

Y ahí estaban los cuatro, inseparables, en la fiesta del flamante campeón. Felicitas filmaba todo con su teléfono, Martín y Lucas brindaban y se reían, Kevin hablaba con todo el mundo como si fuera el anfitrión.

–¡Vengan, chicos, saquémonos una foto! –Las órdenes de Felicitas se cumplían en el acto–. Quiero un recuerdo de esta noche inolvidable.

Le pasó el teléfono a uno de los invitados y posaron los cuatro. Lucas con Martín a su izquierda, Felicitas a su derecha y Kevin, que era el más alto, un poco por detrás, para que Lucas quedara bien en el centro de la foto.

Cuatro sonrisas, cuatro copas en alto, la imagen del triunfo, del éxito, de la alegría. Y champagne, la bebida de los campeones.

Florentino sonrió. El magnetismo de Lucas en su propia fiesta hacía pensar en muchas cosas, pero claramente no en un casamiento. Su nieto tenía que vivir, divertirse, triunfar, enamorarse, desenamorarse, sufrir por amor, hacer sufrir a alguien, volver a enamorarse, y mucho después, sentar cabeza. El mundo iba a hablar de él. Tenía que viajar. Ya lo veía en Inglaterra, con la realeza, tan fanática de los caballos

y el polo, lo imaginaba yendo y viniendo por Europa, Estados Unidos, los países árabes... Su nieto iba a conquistar el mundo, estaba seguro. Y quiso retener en su memoria la imagen de ese Lucas de flamantes 17 que recién empezaba a mostrarle al universo entero de qué madera estaba hecho.

El cumpleaños 17 de Lucas quedaría en la memoria de todos por muchas cosas, sobre todo, por lo que pasó unos días después.